

EL ARCA DE LAS TRES LLAVES

Las colecciones
de moluscos y otros invertebrados
del Museo Nacional de Ciencias Naturales

Rafael Araujo

EDICIONES DOCE CALLES

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

© Rafael Araujo Armero.

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L. Apdo. de Correos, 270
28300 Aranjuez (Madrid)
www.docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-351-7

Depósito legal: M-10022-2021

Printed in Spain

SUMARIO

Agradecimientos.....	9
Prólogo	11
Introducción.....	19
Capítulo I. La escena. Desde el Real Gabinete hasta el Museo.....	23
El Museo en la calle Alcalá	23
El primer traslado.....	45
El Museo en el edificio del Paseo de Recoletos.....	50
El segundo traslado	63
Capítulo II. Los actores.....	75
Capítulo III. 250 años de colecciones.....	85
El incidente Arango y la colección Paz Membiela	104
La colección Aldamar.....	106
La colección del Pacífico.....	108
Último tercio del siglo XIX.....	112
El siglo XX. Las colecciones de Hidalgo y Azpeitia	126
Bibliografía	167
Apéndice 1.....	175
Apéndice 2.....	179
Apéndice 3.....	183
Índice onomástico	199

PRÓLOGO

Próximo a celebrar dentro de unos meses su 250 aniversario, el actual Museo Nacional de Ciencias Naturales es una institución científica paradójica. Alberga el más importante conjunto de colecciones de historia natural existentes en el Estado español, se produce en sus instalaciones un fértil diálogo entre investigadores y conservadores y se exhiben en su seno de manera permanente o periódicamente atractivos especímenes y objetos de la fauna y gea no sólo del territorio español, sino de otros lugares del planeta. Pero el espacio para exhibir sus joyas y tesoros es reducido, el personal para estudiar sistemáticamente sus cuantiosas colecciones es insuficiente y su proyección social es limitada. Baste señalar al respecto que sus más de trescientos mil visitantes anuales, previos a la pandemia COVID-19, contrastan con las riadas millonarias de visitantes de los más importantes museos de historia natural del mundo: ocho millones, por ejemplo, acuden al Muséum National d'Histoire Naturelle de París.

Para superar sus limitaciones y encorsetamientos los actuales integrantes del Museo Nacional de Ciencias Naturales alientan desde hace unos años una serie de iniciativas para dar a conocer la importante labor investigadora y educativa que llevan a cabo y la riqueza de sus colecciones científicas, fundamentales para estudios de biodiversidad, evolución y otras ramas de la biología y la geología. Una de esas iniciativas más recientes ha sido el atractivo libro colectivo *Las Colecciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Investigación y Patrimonio*, impulsado por Ignacio Doadrio, actual vicedirector de Colecciones y Documentación del Museo Nacional de Ciencias Naturales. En él se ofrecen sugerentes reflexiones sobre el hecho de que las colecciones de historia natural constituyen una herramienta básica para la catalogación metódica de la diversidad natural y para los estudios sobre cambio global. E interesantes consideraciones acerca de los desafíos que ofrecen la conservación, uso y gestión de esas peculiares y abundantes colecciones en este siglo XXI.

Disponemos también en esa obra de una visión panorámica de las dieciocho colecciones existentes en la actualidad en el Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Pues bien, la obra que tiene el lector en sus manos puede considerarse una hijuela o derivación de ese libro colectivo, del que Rafael Araujo es uno de sus coeditores. Y si en esa obra coral este biólogo presentaba junto a otros colaboradores la espectacular colección de Malacología que custodia el Museo Nacional de Ciencias Naturales, ahora en el presente libro el principal protagonista es el conjunto de especímenes de moluscos, aunque se aluda en sus páginas también a otros invertebrados no artrópodos.

Los moluscos –el segundo grupo más numeroso del reino animal después de los artrópodos, existente en la mayoría de los hábitats terrestres y marinos– han tenido y tienen un considerable interés utilitario y científico para los seres humanos.

Cabe destacar al respecto su valor alimenticio. Ya en tiempos prehistóricos eran una importante fuente para la nutrición de nuestros antepasados y así lo revelan, por ejemplo, los inmensos concheros hallados en el litoral sudamericano de la época precolombina. Y en tiempos actuales ¡quién no ha disfrutado saboreando ostras, almejas y caracoles, gozado de sabrosas raciones de pulpo a la gallega o recuperado energías en sus tiempos estudiantiles con bocadillos de calamares! Pero también han desempeñado un importante papel en la historia de la moda. Determinados productos obtenidos de ellos, como las perlas, consideradas las joyas perfectas de la naturaleza, han sido muy apreciados por diversas culturas de todo el mundo para adornar cuerpos y vestidos. En el ámbito científico sus fósiles han servido de útiles marcadores para geólogos y paleontólogos con el fin de delimitar las diferentes eras y períodos de la historia de la tierra en tanto en cuanto es el único grupo de animales cuya evolución ha podido conocerse de manera completa a través de las distintas capas de la corteza terrestre. También el estudio de las características del sistema nervioso de algunos de sus especímenes ha permitido a los investigadores avanzar en el conocimiento neurológico de los seres humanos.

Estos son solo algunos de los ejemplos de la importancia que ha tenido y tiene este inmenso grupo animal en nuestra vida cotidiana y en el conocimiento de nuestros entornos y de nosotros mismos.

Uno de los méritos del libro que se presenta es la exhaustiva información que se nos ofrece de la copiosa colección de las ocho clases de moluscos existente en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, ubicado en el madrileño paseo de la Castellana. El autor ha movilizado una amplia documentación,

procedente fundamentalmente del extraordinario archivo de esa institución, para trazar la historia de esa colección, interrelacionándola con la historia del Museo y con la labor de sus creadores y estudiosos. Efectúa así una suerte de genealogía de los estudios malacológicos en las etapas previas a la celebración en 1979 del primer congreso nacional de malacología que facilitó la inmediata constitución de la Sociedad Española de Malacología gracias a los desvelos del biólogo Julio Álvarez Sánchez, quien había empezado a colaborar en el Museo a partir de 1938.

Quien se adentre en este «arca de las tres llaves», título alusivo al sistema de custodia compartida de las colecciones implantado hacia 1874, conocerá por tanto los pormenores de las vicisitudes de la formación de las colecciones de moluscos y de otros invertebrados, con la excepción de los insectos, en el Museo Nacional de Ciencias Naturales a lo largo de sus diversas etapas.

Tales fases son expresivas de los altibajos del desarrollo de las actividades científicas en el seno de las sociedades hispánicas a lo largo de su pasado, como tuve la oportunidad de exponer en mi *Breve historia de la ciencia española*.

En los momentos de empuje, no muy duraderos generalmente, las colecciones se acrecentaron y se llevaron a cabo estudios, más o menos sistemáticos, sobre ellas. Tres de esos impulsos, favorecedores del incremento de sus colecciones malacológicas, sobresalieron en la historia del Museo.

Uno de ellos corresponde a su fase fundacional, cuando el ilustrado y adinerado comerciante guayaquileño Pedro Franco Dávila cedió su extraordinaria colección de objetos de historia natural a la monarquía hispánica a cambio de hacerse cargo a partir de 1771 de la dirección de una nueva institución científica ilustrada: el Gabinete de Historia Natural. Pero el esplendor de esa cámara de maravillas, que se instaló en un palacio de la madrileña calle de Alcalá en el que se encuentra actualmente la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, fue corto. Abrió sus instalaciones al público en 1776 y a partir de la muerte de su primer director, en 1786, empezó a languidecer. Habrá que esperar a mediados de la década del siglo XIX, coincidiendo con la dirección de Mariano de la Paz Graells y con la fundación de la Sociedad Española de Historia Natural en 1871, para que el Museo de Ciencias Naturales adquiriera otro momento de empuje, que tampoco será duradero por las duras tensiones internas entre la pequeña comunidad de naturalistas española, sobre las que este libro ofrece testimonios esclarecedores. Su debilitada actividad supuso en 1895 su traslado, precipitado y mal planificado, desde la calle Alcalá a su nueva sede –que sería provisional– en los bajos de la actual Biblioteca Nacional. Ahí las colecciones, conservadas y exhibidas en condiciones deficientes, permanecerían hasta 1910.

En ese año, al que cabe considerar un «annus mirabilis» de la ciencia hecha en este país al iniciar su labor un conglomerado de laboratorios e instituciones financiadas por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, se produjo el traslado del museo a su actual y definitiva sede, ubicada en lo que se conocía por entonces como los altos del Hipódromo. Allí se instaló en una parte de un edificio que se había inaugurado en 1886 para albergar las exposiciones nacionales de Bellas Artes. Organizó y dirigió ese traslado Ignacio Bolívar, bajo cuyo liderazgo el Museo gozaría de su etapa de mayor florecimiento y productividad, interrumpida dramáticamente por el estallido de la guerra «incivil», que produjo la fractura irreversible de una comunidad de naturalistas que había adquirido masa crítica y prestigio internacional durante el primer tercio del siglo xx.

A esa etapa de esplendor sucedería una «edad de hierro» durante la era de Franco, en la que el Museo se debilitó hasta tal punto que en el año 1973 su actividad científica fue inexistente, según resalta Rafael Araujo. No obstante, aun en esa época oscura hubo científicos productivos como Rafael Alvarado Ballester, hijo del también notable naturalista Salustio Alvarado Fernández. Así se deduce de la lectura del tercer apéndice insertado en este libro, en el que se ofrece un estudio bibliográfico de la producción sobre moluscos y animales inferiores entre 1939 y 1985.

Pero evidentemente las aportaciones científicas más importantes y con una cierta proyección internacional correspondieron a las que cabe considerar como las fases doradas de las actividades científicas en la España contemporánea. Si en el último tercio del xix desarrolló el grueso de su obra el más importante malacólogo español Joaquín González Hidalgo, bien conocido por el autor de este libro, en el primer tercio del siglo xx destacará la obra y la personalidad Enrique Rioja Lo-Bianco, hijo del también naturalista José Rioja Martín. Breves noticias biográficas de todos ellos se encuentran en uno de los capítulos de la obra que se presenta.

Este «arca de las tres llaves» ilumina aspectos poco considerados hasta ahora en la historiografía disponible sobre la historia del Museo. Conviene subrayar tres de ellos.

El primero concierne a la debilidad estructural de las actividades científicas desplegadas en este país. Para explicar los problemas de la ciencia en el seno de la sociedad española, tanto en el pasado como en el presente, se han aducido muchas causas. Así Santiago Ramón y Cajal, en el capítulo X de la versión definitiva de su «best-seller» *Los tónicos de la voluntad*, enumeró una serie de explicaciones físicas, históricas y «morales» para dar cuenta de

la infecundidad científica española. Otros autores aducen que los científicos ni se han sentido estimulados por el Estado ni acompañados por la sociedad. Opiniones todas ellas a considerar, pero también discutibles.

Sin embargo, nos encontramos también con un fenómeno en el que apenas ha reparado la historiografía. Me refiero al hecho de que en numerosas ocasiones son los propios científicos quienes con su quehacer son los responsables de sus debilidades por diferentes motivos. O bien han primado sus luchas por el poder académico sobre su compromiso social, o han maniobrado para ser cabeza de ratón en lugar de aceptar ser cola de león o no han sido respetuosos con el «ethos» científico, promoviendo, por ejemplo, en los tribunales de oposiciones a los candidatos menos idóneos. Cabría preguntarse entonces si algunas de las fases de debilitamiento del trabajo de los naturalistas españoles antes y después del dramático estallido de la guerra «incivil» no se debió más a esas querellas internas que a causas exógenas procedentes del Estado o de la sociedad. Como resultado de esas pugnas internas se produjeron entonces en el seno de las comunidades científicas, como en la de los naturalistas, vencidos y vencedores. Unos quedaron ocultos por el paso del tiempo a pesar de sus singulares aportaciones. Otros acumularon méritos, quizás inmerecidos. Quien se adentre en las páginas de este libro encontrará informaciones al respecto sobre, por ejemplo, el aislamiento al que se vio sometido Mariano de la Paz Graells por una conspiración que urdieron sus rivales académicos, debida quizás a los abusos cometidos por el propio Graells cuando acumuló excesivos poderes y responsabilidades durante el reinado isabelino. O alusiones ligeras sobre las soterradas tensiones entre Ignacio Bolívar y Odón de Buen, el fundador de la oceanografía española en el primer tercio del siglo xx.

El segundo se refiere a un llamativo aspecto en la configuración de las colecciones que se describen en esta obra, como es la dispar actitud de los coleccionistas. Unos, en una actitud ejemplar, reveladora de su compromiso cívico y vinculación afectiva a su institución, donaron, ejerciendo la filantropía, colecciones de considerable valor científico. Así sucedió con la colección formada por Florencio Azpeitia, incorporada al Museo durante la Segunda República. Otros obtuvieron sustanciales réditos económicos. Fue el caso de la colección Paz Membiela. De ello dio cuenta Marcos Jiménez de la Espada en la noticia necrológica que leyó sobre ese marino ante la Sociedad Española de Historia Natural en su sesión de 3 de marzo de 1875. Para entonces el naturalista más distinguido de la Comisión Científica del Pacífico se había quedado en tierra de nadie al haber perdido su antiguo mentor Mariano de la Paz Graells su poder académico. Tuvo que aceptar entonces un encargo

envenenado. En su noticia biográfica presentó Jiménez de la Espada una faz amable de su antiguo jefe en el viaje al Pacífico, pero sabemos por su diario y por su correspondencia con Graells que a lo largo de la expedición Jiménez de la Espada y Paz y Membiela tuvieron continuos choques. No obstante Espada se olvidó en esa ocasión de disgustos pasados y aprovechó la reunión con sus colegas para explicar en detalle la formación de una importante colección malacológica –de las más notables que existían por aquel entonces– y dar cuenta de cómo el Museo se había hecho cargo de ella. En un principio, según expuso Jiménez de la Espada, Paz y Membiela había pensado en vender su colección aprovechando su exhibición en la Exposición Universal de Viena de 1873. Luego se dejó convencer por dos profesores del Museo, uno de los cuales era su íntimo amigo Pérez Arcas, -causante decisivo junto al botánico Miguel Colmeiro de la defenestración de Graells-, para cederla al Museo por seis mil duros de la época, una cantidad considerable, máxime en un momento de graves dificultades de la Hacienda española.

En tercer lugar, conviene subrayar el círculo virtuoso que se produce en las instituciones científicas cuando son bien gobernadas gracias a un adecuado liderazgo y sus integrantes comparten un programa de valores y virtudes científicas y cívicas. Así, durante el primer tercio del siglo xx, a través de la información que se nos ofrece en este libro acerca de las vicisitudes del Museo de Ciencias Naturales, observamos la interrelación de tres fenómenos, que quizás se estén reproduciendo en la actualidad. Hubo un persistente crecimiento de las colecciones gracias a sucesivas donaciones, acompañado de una mejora en el estudio de sus ejemplares y en su conservación y gestión. Se produjo simultáneamente una fluida interrelación con el sistema educativo, contribuyendo decisivamente el Museo a la provisión de colecciones para los gabinetes de historia natural de los centros docentes, particularmente de los Institutos de Enseñanza Media, cuyos catedráticos participaron en la vida científica del Museo, como se puede comprobar en el diccionario *online* JAEduca. Y al mismo tiempo creció el interés de la ciudadanía y de los medios de comunicación por la labor investigadora y educativa del Museo. Así lo revelan una serie de artículos y reportajes en revistas ilustradas, como *Alrededor del Mundo* y *La Esfera*, o en diarios de gran calidad informativa, como *El Sol* o *Luz*.

Quisiera señalar finalmente que una cuestión que convendría abordar en tiempos venideros es el papel de las mujeres naturalistas en el desarrollo de la malacología cultivada en este país. A lo largo de las páginas de esta obra aparecen varias de ellas. Es el caso, entre otras, de Josefa Sanz Echeverría, Emilia García San Nicolás, que fuera alumna del Instituto-Escuela de la JAE

y única mujer de la que se ofrece una breve noticia biográfica en el segundo capítulo del libro, Julia Borragán, María Encarnación Socastro García-Blanco, -la compañera de Rafael Alvarado-, las hermanas Encarnación y Carmen Sequeros Jiménez, Carmen Bautista, María Ángeles Ramos, María Teresa Aparicio, María Mercedes Hervás. Ese conjunto de pioneras, cuya labor quizás es más relevante de lo que en principio se ha considerado, merecería sin duda un análisis del conjunto de su labor y un estudio prosopográfico.

Expone Rafael Araujo en las páginas iniciales de este «arca de las tres llaves» que una de las motivaciones para escudriñar en ella fue suplir una carencia. Hace tres décadas, cuando se incorporó como joven biólogo a ayudar en la ordenación y gestión de la inmensa colección de moluscos e invertebrados no artrópodos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, echó en falta un vademécum sobre la colección. A cubrir ese déficit se ha dedicado desde hace tiempo. Y así, ahora, gracias a su esmero, dedicación y profesionalidad disponemos de la guía adecuada para apreciar el valor científico, histórico y estético de una singular colección científica, cuya formación y estudio, se desmenuza detenidamente en las siguientes páginas y que el autor de este libro conoce en profundidad.

LEONCIO LÓPEZ-OCÓN CABRERA
Madrid a 27 de noviembre 2020